

— ¡ Hasta cuándo me vas á fastidiar con tu Brazo Rojo ó con tu diablo !...

— Desconfiáis de mí, y en verdad que no tenéis razón. Si queréis os contaré mi historia, pero con la condición de que me habéis de enseñar el arte de dar aquellos puñetazos de añadidura... cuento con eso...

— Concedido : bien, dinos ahora tu historia, y la Cantaora nos contará después la suya.

— Manos á la obra — dijo el Churiador. — ¡ Qué tiempo ! se hielan las uñas... apuesto á que no anda un solo corchete por las calles... con vuestro plan nos vamos á divertir... ¿ Qué te parece, Cantaora ?

— Á mí bien; pero por mi parte poco tendré que contar — dijo Flor de María.

— También nos contaréis vuestra historia, camarada Rodolfo — añadió el Churiador.

— Sí, yo empezaré.

— Pintor de abanicos... es un oficio muy bonito — dijo Flor de María.

— ¿ Y cuánto ganáis por ese trabajo ? — dijo el Churiador.

— Cuando da bien, cuatro francos, y á veces cinco ; pero esto en los días de verano que son largos.

— ¿ Y andáis mucho á la que salta, perillán ?

— Mientras tengo barro á manos no lo gasto mal. Pago diez sueldos diarios por mi cuarto.

— ¡ Oh ! perdonad, Monseñor... ¡ Pagáis diez sueldos por cada noche !... ¡ vos pagáis diez sueldos, eh ! — dijo el Churiador llevando la mano al sombrero.

El título de Monseñor, dicho con ironía por el Churiador, excitó en Rodolfo una sonrisa casi imperceptible, y continuó :

— Sí, me gusta la comodidad y el aseo.

— ¡ Aquí tenemos un par de Francia ! ¡ un banquero ! ¡ un ricachón ! — gritó el Churiador. — ¡ Paga diez sueldos por su cuarto !

— Y cuatro de tabaco, hacen catorce — continuó Rodolfo ; — cuatro el almuerzo, son diez y ocho ; quince la comida y uno ó dos de aguardiente, suma todo unos treinta y cuatro ó treinta y cinco sueldos diarios. No necesito trabajar toda la semana, y paso como puedo el tiempo que me sobra.

— ¿ Y vuestra familia ? — preguntó la Cantaora.

— Se la llevó el cólera — respondió Rodolfo.

— ¿ Y qué oficio tenían vuestros padres ? — volvió á preguntar la Cantaora.

— Prenderos de los portales del mercado : ropavejeros.

— ¿ Cuánto habéis heredado ? — dijo el Churiador.

— Era aún muy muchacho, y mi tutor lo vendió todo. Cuando llegué á ser mayor de edad le debía ya treinta francos... Ésta fué toda mi herencia.

— ¿ Cómo se llama vuestro patrón ? — preguntó el Churiador.

— Mr. Gautier, calle de Bourdonnais ; muy tonto, muy brutal, y tan ladrón como avaro. Se dejaría sacar los ojos por no pagar á los oficiales : si se lo lleva el río no le des la mano. Aprendí el oficio con él á la edad de quince años, me tocó un buen número en la conscripción y me llamo Rodolfo Durand... Ésta es mi historia.

— Veamos ahora la tuya, Cantaora — dijo el Churiador. — La mía queda para postre.

III

HISTORIA DE LA CANTAORA

— Empecemos por el principio — dijo el Churiador.

— Cierto — dijo Rodolfo. — ¿ Tus padres ?

— No los conozco — respondió Flor de María.

— ¡ Qué casualidad !... ¿ no lo digo yo ? Somos los dos de una misma familia... — interrumpió el Churiador.

— ¿ También tú, Churiador ?

— Huérfano de las calles de París... como tú ni más ni menos, hija mía.

— ¿ Quién te ha criado, Cantaora ? preguntó Rodolfo.

— No sé, Señor. Desde que yo me acuerdo... tendría entonces unos seis ó siete años... estaba con una vieja tuerta que se llamaba *la Lechuza*, porque tenía la nariz encorvada y un ojo verde muy redondo.

— ¡ Ja... ja... ja ! ! parece que la estoy viendo — gritó el Churiador.

— La tuerta — continuó Flor de María — me hacía vender buñuelos de noche en el Puente Nuevo ; que era un modo de hacerme pedir limosna. Cuando no la llevaba diez sueldos por lo menos, me pegaba en vez de darme de cenar.

— ¿ Y estás segura de que esa mujer no era tu madre ? — preguntó Rodolfo.

— Vaya si lo estoy ; la misma Lechuza me echaba muchas veces en cara el que no tenía padre ni madre, y siempre me decía que me había recogido en la calle.

— Según eso — dijo el bandido — te daba correa por cena cuando no te llevabas los diez sueldos.

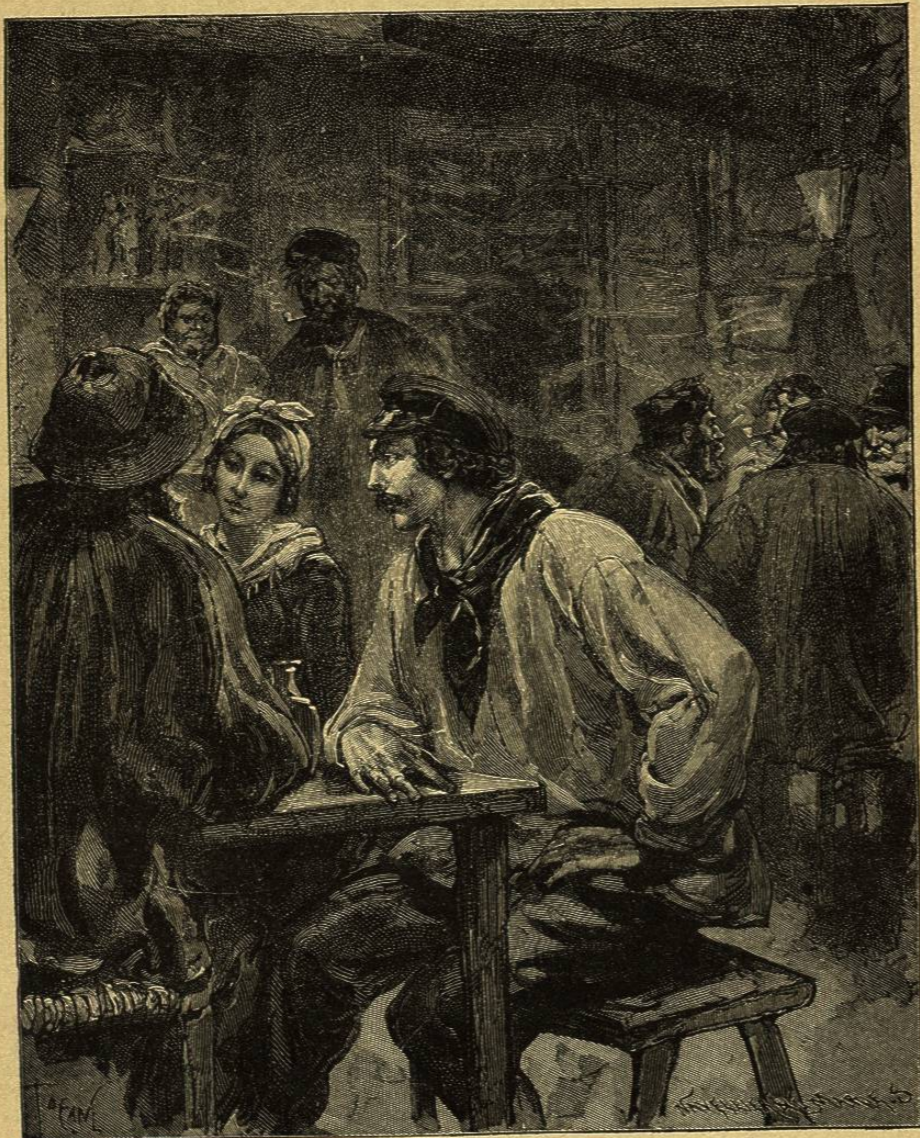
— Y después me acostaba en unas pajas ! y tenía tanto frío !

— Ya se ve... ¡ la paja ! — exclamó el Churiador ; — ¡ el estiércol sería cien veces mejor ! Pero dicen que hay gente tan melindrosa...

Este chiste hizo sonreír á Flor de María ; que continuó diciendo :

— Por la mañana el almuerzo que me daba la tuerta era igual á la cena del día anterior, y me enviaba á Montfaucon á buscar miñosas para pescar, porque

por el día tenía la vieja su tienda de sedales junto al puente de Nuestra Señora. ¡ Qué largo me parecía el camino desde la Mortelleria hasta Montfaucon !...



Rodolfo, que había escuchado atentamente á Flor de María...

Ya se ve; como no tenía más que siete años y andaba muerta de hambre y de frío...

— El ejercicio te hizo crecer derecha como un huso — dijo el Churiador, haciendo fuego para encender su pipa.

— Llegaba siempre muy cansada — continuó la Cantaora, — y á mediodía me daba la Lechuza un mendruguito de pan.

— Que no se podía comer ¿ verdad ? — dijo el bandido aspirando el humo á bocanadas : no te quejes, prenda mía, que por eso te cabe la cintura en un puño. Pero ¿ qué tenéis, camarada ?... camarada no... ¿ Señor Rodolfo ? Estáis como triste : ¿ Será porque esta gachona ha pasado miseria ? á todos nos apretó bien el hambre. ¿ Qué importa la miseria ?

— ¡ Ah ! no has pasado tanta como yo, Churiador — dijo Flor de María.

— ¡ Quién, yo, Cantaora ! Hija del alma, figúrate que eras una reina comparada conmigo. Cuando eras pequeña, tenías á lo menos paja en que dormir y pan que comer ; pero yo, prenda, yo, pasaba mis mejores noches de descanso en los hornos de yeso de Clichy, como un verdadero vagabundo, y mi comida eran tronchos que cogía por las calles ; pero las más veces, como había tanto camino hasta los hornos de Clichy, y viendo que la gaza¹ me roía los huesos, me echaba á la larga debajo de los portales del Louvre... y por el invierno tenía sábanas blancas... como la nieve.

— Un hombre es más duro : pero una pobre niña... — dijo Flor de María.

— Así andaba yo gorda como una golondrina.

— ¿ Y te acuerdas de eso, pimpollo ?

— Vaya si me acuerdo. Cuando me zurraba la Lechuza, siempre me caía al primer golpe ; y entonces me daba puntapiés y me decía gritando ; « Esta lagartija no tiene menos fuerza que un pollo ; ni siquiera aguanta un bofetón sin caer patas arriba. » Y luego me llamaba *Chillona* que es mi nombre de bautismo : no tengo otro.

— Lo mismo que yo : mi bautismo fué el de los perros perdidos. Me llamaban *cosa... máquina... oyes... el albino...* ¡ qué se yo ! Es de admirar como nos semejamos los dos, dijo el Churiador.

— Es claro ; en la miseria — repuso Flor de María, que casi siempre dirigía la palabra á este hombre, pues se sentía como avergonzada delante de Rodolfo, y no se atrevía á levantar los ojos para mirarlo, sin embargo de que al parecer era de su misma clase.

— ¿ Y qué hacías después de traer las miñosas para la Lechuza ? preguntó el Churiador.

— La tuerta me hacía pedir limosna cerca del sitio en que estaba, porque hasta el anoecer no iba á freír los buñuelos al Puente Nuevo. ¡ Qué lejos estaba á aquella hora mi pedacito de pan ! Pero pobre de mí si la pedía de comer, porque entonces me pegaba y me decía : « Anda, Chillona, anda á hacer diez sueldos de limosna, y después te daré de cenar. » Entonces yo como tenía

¹ Hambre.

hambre y la Lechuza me pegaba tanto, lloraba á más no poder. La tuerta me colgaba al cuello mi tablerito de buñuelos y me ponía en el Puente Nuevo, en donde me traspasaba el frío en el invierno. Algunas veces me dormía de pie, pero no me duraba mucho el sueño, porque la Lechuza me despertaba á golpes. En fin, yo estaba en el Puente Nuevo hasta las once de la noche con mi tablerito al cuello, casi siempre llorando. Al verme llorar los que pasaban tenían lástima de mí, y algunos me daban hasta diez y hasta quince sueldos, que yo entregaba á la Lechuza; pero ésta, para ver si me quedaba aún algo, me registraba de pies á cabeza y me miraba hasta dentro de la boca.

— Quince sueldos son un jornal muy grande.

— Ya lo creo; por eso la tía Lechuza al ver...

— Con un ojo ¿verdad? — interrumpió el Churiador.

— Ya se ve; ¡si no tenía más que uno! Pues como iba diciendo, la tuerta tomó por costumbre el darme una zurra, para hacerme llorar y aumentar así la caridad de los que pasaban.

— Malo es eso; pero se conoce que era lista.

— Al fin me acostumbé á los golpes; y como la tuerta se desesperaba cuando no me veía llorar, para vengarme de ella, cuanto más me zurraba más me reía, aunque tuviese los ojos llenos de lágrimas.

— ¡Pobre ratilla! dime, mucho te debían tentar los buñuelos...

— Es claro; y como nunca los había probado, toda mi ambición se reducía á comer algunos; pero esta ambición me perdió. Un día al volver de Montfaucon, me dieron de golpes y me robaron el cestillo unos muchachos. Ya sabía yo lo que me esperaba al llegar; y así fué que la tuerta me dió una zurra y no me dió pan. Por la noche antes de ir al puente, furiosa la tía Lechuza porque no le había vendido los buñuelos la víspera, en lugar de pegarme como tenía de costumbre, me martirizó hasta hacerme sangre, arrancándome los pelos de las sienes, que es por donde duele más.

— ¡Ira de Dios! ¡eso ya pasa de marca! — gritó el Churiador frunciendo las cejas y dando una furiosa puñada sobre la mesa. — Azotar á una niña, pase; aunque ya no me hacía buen estómago... ¡Pero martirizarla!... ¡Bruja de los demonios!

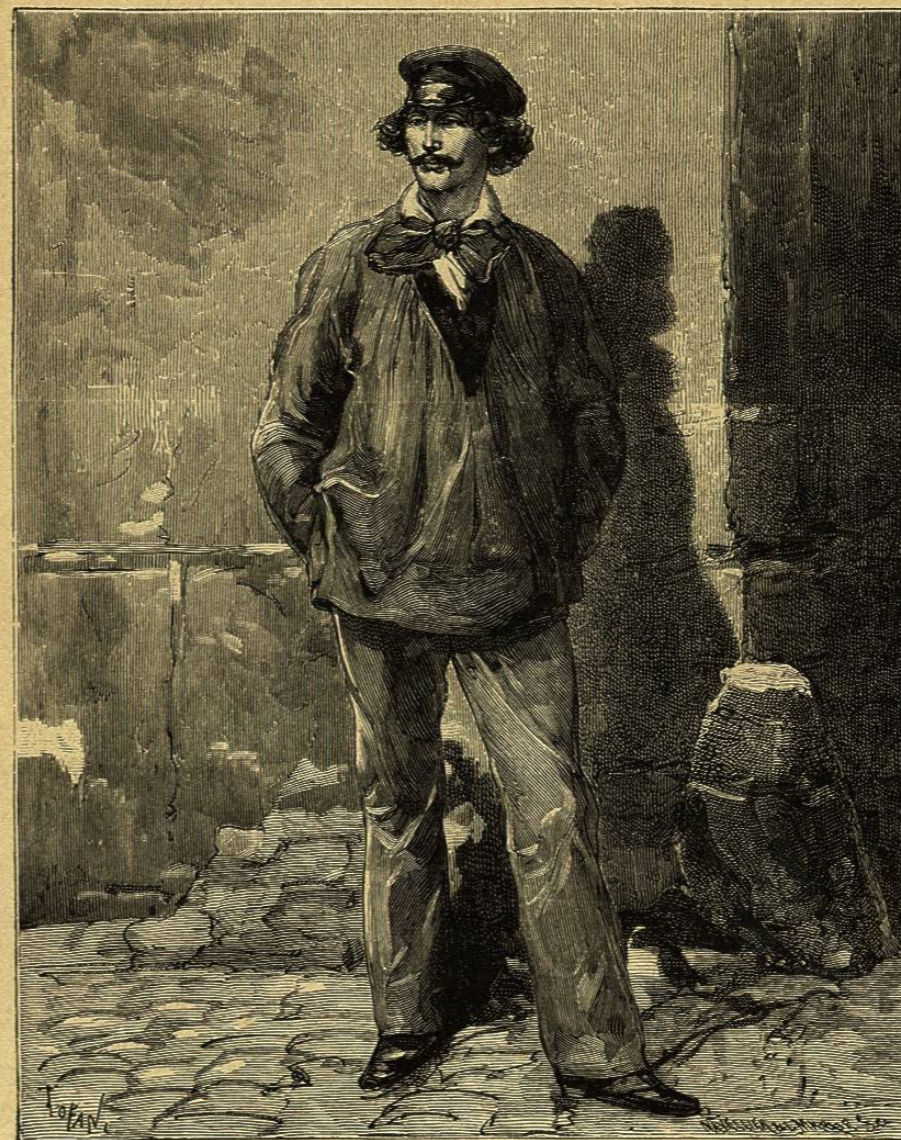
Rodolfo, que había escuchado atentamente á Flor de María, miró con asombro al Churiador, sorprendido por este relámpago de sensibilidad.

— ¿Qué tienes, Churiador? — Le dijo.

— ¡Qué tengo! ¿Qué he de tener? ¡Cómo! ¿No os llega al alma lo que oís? ¡Ese monstruo de Lechuza martirizar á esta niña! ¿Ó sois acaso tan duro como vuestros puños?

— Sigue, hija mía — dijo Rodolfo á flor de María, sin responder al bandido.

— Iba diciendo que la tía Lechuza me había martirizado hasta hacerme llorar: me fuí al puente con mis buñuelos. La tuerta estaba con su sartén, y de cuando en cuando me amenazaba con el puño cerrado. Entonces, como no



Rodolfo.

había comido desde la víspera y tenía mucha hambre, tomé un buñuelo y lo comí, á riesgo de que se enfureciese la Lechuza.

— ¡Bravo, hija mía! exclamó el Churiador.

— Después comí dos.

— ¡ Bravo ! ¡ Viva la libertad !!!

— ¡ Qué bien me supieron !... No fué por golosina, no... ¡ Tenía hambre !... Pero á todo esto, una naranjera que allí cerca estaba empezó á gritar : « Oyes, Lechuza, mira que la Chillon te come los buñuelos.

— ¡ Hola ! ¡ rayo ! ahora sí que va á haber morena... ahora sí — dijo el bandido singularmente interesado. — ¡ Pobre ratilla mía ! ¡ Qué temor sentirías entonces ! ¿ es verdad ?

— ¿ Cómo saliste del paso ? dijo Rodolfo, no menos interesado que el Churiador.

— ¡ Ah ! muy mal ; pero más tarde ; porque aunque la tuerta se puso furiosa al verme comer los buñuelos, no podía dejar la sartén que estaba hirviendo.

— ¡ Ja... ja... ja !... es verdad. ¡ Miren ustedes qué posición tan crítica !... — gritó el Churiador soltando una carcajada.

— La tuerta me amenazaba desde su banquillo con el gran tenedor de hierro, y luego que acabó de freir se vino hacia mí. Me habían dado tres sueldos de limosna, y yo había comido por valor de seis. Me agarró de la mano sin decirme una sola palabra. Yo no sé cómo no caí muerta de miedo en aquel instante : me acuerdo como si fuera hoy, porque justamente era día de año nuevo. Había muchas tiendas de juguetes en el Puente Nuevo... toda la tarde se me había estado desvaneciendo la cabeza... sólo con mirar para tantas muñecas bonitas y tantos juguetes como allí había... Ya sabéis que los juguetes son para una niña el mejor regalo del mundo.

— ¿ Y nunca habías tenido juguetes ? dijo el Churiador.

— ¿ Yo ? ¡ Dios mío ¿ Quién me los había de dar ? respondió con tristeza Flor de María.

Aunque era en el rigor del invierno no llevaba más que un vestidito de tela sin medias ni camisa, y unas almadreñas en los pies. El calor no debía ahogarme ¿ verdad ? Pues con todo eso, cuando la tuerta me cogió por la mano, todo mi cuerpo se cubrió de sudor. Lo que más me espantaba era que la tía Lechuza, en lugar de jurar y echar maldiciones como de costumbre, no hacía más que refunfuñar entre dientes todo el camino... no me dejaba de la mano, y como iba tan ligera, tan ligera tenía que correr para seguirla. Se me cayó una almadreña, y como no me atrevía á decir palabra, seguí así con el pie descalzo por las piedras, y cuando llegamos á casa todo el pie me sangraba.

— ¡ Oh, perra bruja ! — volvió á gritar el Churiador golpeando de nuevo la mesa lleno de furor : — Me quema los hígados el pensar que esta pobre criatura va corriendo tras la vieja ladrona, con su pie sangrando...

— Vivíamos en un desván de la calle de la Mortellería, y al lado de la puerta de la casa había una tienda de bebidas, en la cual entró la Lechuza sin soltarme de la mano. En el mostrador se bebió medio cuartillo de aguardiente.

— ¡ Cáspera ! no lo bebería yo sin caer redondo como una piedra.

— Era la ración ordinaria de la tuerta : puede ser que por eso me zurrase tanto por las noches. En fin, subimos á nuestro desván ; la Lechuza dió dos vueltas á la llave, y yo me eché de rodillas suplicándola que me perdonase por haber comido los buñuelos. Á nada me respondía, y sólo murmuraba pasando furiosa de un lado á otro del cuarto : « ¿ Qué voy á hacer con esta Chillon, con esta ladrona de mis buñuelos ?... Vamos á ver... ¿ Qué haré con ella ? » Y se detuvo para mirarme con el ojo verde, que parecía una brasa. Yo, seguía de rodillas : y en esto la tuerta se arrojó á un estante y cogió unas tenazas.

— ¡ Unas tenazas ! — gritó el Churiador.

— Sí, unas tenazas.

— ¿ Y para qué ?

— ¿ Para pegarte con ellas ? — dijo Rodolfo.

— ¿ Para pellizcarte ? — dijo el Churiador.

— ¿ Para arrancarte más cabellos ?

— No, para arrancarme un diente ¹.

El Churiador prorrumpió en una blasfemia tal, y la acompañó de imprecaciones tan furibundas, que todos los huéspedes de la taberna volvieron asombrados la cabeza hacia él.

— ¡ Qué es eso ! ¡ qué tienes ! — dijo Rodolfo.

— ¿ Qué tengo ? ¡ Oh, tuerta, bruja de Satanás ! ¿ Dónde está ? ¡ Dime donde está que la voy á asesinar !

— Y por fin, hija mía, ¿ te arrancó el diente esa vieja miserable ? — preguntó Rodolfo, mientras que el Churiador se entregaba á la explosión de su cólera.

— Sí, Señor ; pero no fué del primer tirón. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ Cuánto he sufrido ! me apretaba la cabeza entre sus rodillas como si fueran un torno. Por último, con las tenazas y los dedos me acabó de arrancar el diente, y luego me dijo : « Ahora, Chillon, te arrancaré otro como éste todos los días, y cuando no tengas ya dientes que arrancar, te echaré al río para que te coman los peces.

— ¡ Ah, maldita ! ¡ Romper, arrancar los dientes á una niña desdichada ! — exclamó el Churiador más y más enfurecido.

— ¿ Cómo te has escapado de la tía Lechuza ? preguntó Rodolfo á la Cantaora.

— Era tal el miedo que tenía de que me ahogase, que en lugar de ir la mañana siguiente á Montfaucon, me escapé por el lado de los Campos Elíseos : hubiera corrido hasta el fin del mundo con tal de no caer en sus manos. Tanto

¹ Creemos que el lector no hallará exageradas estas crueldades, teniendo presentes la providencias casi diarias contra esos seres feroces que castigan y martirizan sin piedad á sus hijos. Algunos hay, entre los mismos padres y madres, que imponen castigos abominables.